

MISION ACTUAL DE LA CLASE MEDIA

POR

MANUEL ALONSO GARCIA

La configuración sociológica de la clase media determina, en su casi integral expresión, su función dentro de la realidad del mundo presente. Esta viene dada en base a su proceso de formación, y es, en definitiva, producto inevitable, lógico resultado de la estructura conformadora de dicha clase y del contenido que constituye su razón de existencia. El doble juego de virtudes-defectos, inherente a este sector social, adquiere, como es natural, plena significación a la hora de condicionar una misión o fijar una empresa, las cuales nacen y se desenvuelven según el criterio básico inspirador de la clase media en cuanto tal. Su sentido de la dignidad, su independencia frente a los intentos de posible soborno y su capacidad de intención se ven, en no pequeña medida, contrarrestados por una ausencia de sentimientos de solidaridad, carencia de sentido disciplinario y concepción amplia e integral de los problemas nacionales.

Cabe trazar, a nuestro juicio, un catálogo de manifestaciones que la clase media desarrolla en distintos campos de la actividad humana. El mundo que vivimos se halla requerido por una serie de circunstancias que expresan, en toda su dimensión, la exigencia de una labor de dedicación renovadora. La clase media ha de contar con la peculiar significación de la sociedad de nuestros días, que deja un ámbito reducido de extensión a su desenvolvimiento. El conjunto de factores de todo orden—pero fundamentalmente económicos, sociales y políticos—que ahogan a la clase media en nuestro mundo evidencian hasta qué punto se juega dicha clase su propio destino en el concierto total de la vida de la sociedad. Un destino que, quiérase o no se quiera, habrá de abrirse, por fuerza, con la asunción de responsabilidades frente al mundo que la sirve de contorno, personalizando una misión, o, por el contrario, dejarse perder en lo que de esencia de la misma clase media tiene. El único remedio a su posible proletarización reside en que la clase media cuenta con virtualidad suficiente para desempeñar las funciones que, en un orden total de realizaciones y principios, le corresponden. ¿Qué misión puede ser ésta?

MISIÓN, PASADO Y SOCIOLOGÍA

Dos advertencias creo que conviene hacer antes de entrar en el análisis de los distintos supuestos a que dicha misión se extiende. La primera de ellas es que, al hablar de misión de la clase media—actual, además—, necesariamente hay que referirla a un pasado inmediato, a un proceso histórico más remoto y a un futuro que pretende ser configurado. La línea de referencia pasa en todo momento, y para cualquier grupo o clase social, por el encadenamiento que liga el hecho que fué—con sus circunstancias determinantes—con los sucesos que serán—pensados siempre en función de lo que el presente vaya ofreciendo como posible.

La segunda de las condiciones a que queríamos referirnos estaba en que fijar una clase social y advertir sus funciones, tratando, en cierto modo, de desentrañarlas, plantea siempre el problema del conocimiento previo de su sociología y su dinámica social. Problema que nosotros, en uso quizá de un método no muy adecuado, damos como resuelto. Algo de esto, no obstante, hemos querido poner de relieve en otro artículo anterior (1); por otra parte, no cabe duda, pese a cuantas limitaciones quieran aducirse, que la dinámica de la clase media vendrá especificada, y podrá deducirse, de lo que sea el núcleo esencial de sus funciones.

CONDICIONAMIENTO EN LA MISIÓN DE LA CLASE MEDIA

Cuando se intenta fijar la misión de una clase o sector social determinado, inevitablemente se tropieza con la serie de posibles obstáculos surgidos de aquellas características que singularizan—en lo malo, diríamos—al sector o clase de que se trata. En este sentido, al referirnos a la clase media—con el riesgo de la imprecisión que estas referencias encubren—no podemos olvidarnos de cuanto en ella incide desde un plano de error o defecto. La clase media es tremendamente individualista: individualismo que la aniquila como tal clase. Su resistencia y temor a las soluciones avanzadas, por un mal entendido respeto, en ocasiones, a lo tradicional, que confunde con lo rutinario, apegándose a ello, es actitud también definida de la clase media. Su autovaloración, siempre en la línea de lo infra, fruto quizá de su carencia de conciencia de clase; su falta, en fin, de espíritu de empresa y su no clara convicción de que lo político es también una vocación a la cual se debe responder, constituyen, en un orden de estimaciones no menos im-

(1) Véase "La significación de la clase media", en *Arbor*, núm. 111.

portantes, la efectiva demostración de un *handicap* de situación para la misma clase media en lo que atañe a la configuración misional de sus actividades y de sus actitudes.

Claro está que, junto a estos pronunciados defectos, existen determinadas virtudes, que son, sin duda, un punto de partida cuando menos, y, seguramente, un verdadero fundamento de cuanto pueda servir a un mejor entendimiento y a una más firme garantía de la afirmación de esa misión a que nos estamos refiriendo. Si queremos concretar en fórmulas sintéticas las raíces mismas de esas cualidades, tendremos que reseñarlas, en breve trazo, aludiendo a la religiosidad profunda a veces, otras no tanto, que se manifiesta en la clase media de muy diversos modos—austeridad de vida, resignación ante los hechos desgraciados, capacidad de sufrimiento, fe en la oración incluso rutinaria y mecánica, apego a ciertas devociones no exentas de superstición—, pero que se opone al sentido materialista de una concepción de la vida, ya sea rabiosamente comunista, ya sibaríticamente capitalista y burguesa. Por otro lado, es tal vez en la clase media donde todavía se encuentra una valoración moral de la persona, que, a mi juicio, es el dique más fuerte de contención ofrecido a los progresos de una colectivización masiva—desde el Estado o desde la misma sociedad—, característica esencial de los tiempos que vivimos. Por último, la laboriosidad y el sentido del trabajo responsable, afortunadamente existente todavía en grandes sectores de nuestra clase media, son otra gran barrera que oponer a las consecuencias de un sistema económico-social que busca obtener con el mínimo esfuerzo el máximo de lucro.

Todo esto condiciona, como no puede suceder de manera distinta, la funcionalidad de la clase media y su misión. Misión que, por fuerza, habrá de enmarcarse en las lindes de una situación de fidelidad que rompa con egoístas posturas y ambiguas decisiones. Ello, sin embargo, no desvirtúa una realidad, ideal y sociológica a un tiempo—aun cuando esta expresión aparezca como contradictoria en sí misma—, en la cual la clase media tiene reservado un papel, y, ciertamente, muy importante.

LA CLASE MEDIA, PUNTO DE CONFLUENCIA

Ya hemos hablado en nuestra nota anterior sobre este problema de la función de punto de confluencia entre dos sectores, que la clase media cumple y está llamada a seguir cumpliendo. De

un lado, el económicamente poderoso; el proletario, de otro. Entre aquél y éste, la clase media actúa como amortiguador del choque que entre ambas esferas con frecuencia se produce, y facilita, por otro lado, la comprensión de las mismas. Su función social continuará siendo, pues, en este sentido, y durante no poco tiempo, la de encontrarse como razón de equilibrio de una balanza en cuyos platillos pesan dos fuerzas no sólo distintas, sino todavía contrapuestas. Cumple la clase media, no cabe duda, un cometido de atracción, de trayectoria ineludible, sirviendo de paso obligado, de tránsito, a un posible encuentro de todos los sectores sociales.

Del punto difícil a que la clase media haya podido llegar en nuestros días tiene que salir, y, además, fortalecida. Incluso la inevitable marcha hacia la colectividad, que es signo y carrera del tiempo actual, marcará una necesaria evolución; pero en modo alguno acabará con la raíz esencial de la misma clase. La acentuación de los dominios y las esferas profesionales será un buen tanto en este sentido; pero ni siquiera el imperio de la técnica podrá con unos valores que la exceden. Ahora bien: por encima de la conformación presente quedará siempre el espíritu de la clase media, su valor esencial, su misma significación funcional y de misión en los distintos terrenos en los que la humana actividad se manifiesta o pertenecientes a su íntimo círculo de competencias.

MISIÓN EN EL ÁMBITO RELIGIOSO

En el ámbito religioso, a la clase media cabe señalarle un índice de exigencias más bien elevado. Cuando se van perdiendo creencias y rompiendo lazos de unión; cuando lo religioso es dominio angustioso en el ánimo de los preocupados y mundo indiferente para no pocos, la clase media llega a ello perdiendo también algunos de sus más hondos valores en tal sentido, pero sin olvidar, en sus núcleos más firmes y puros, la decisiva trascendencia de lo religioso en la vida del hombre. La clase media ha comenzado a vivir, en sus sectores y hombres escogidos, una más intensa realidad espiritual, que la sitúa dentro de un plano de entrega sin reservas y de afanes de perfección. La profesión, pongo por caso, adquiere, en su ejercicio, un extraordinario matiz nuevo, enteramente sobrenatural y de medio de santificación. Lo que se pierde en extensión se va ganando en intensidad. El fenómeno de religiosidad de la clase media será, sobre todo, enriquecimiento de la sociedad descristianizada y, con más propiedad todavía, tecnificada

y agnóstica. El apego a las comodidades que proporciona el avance de la técnica está operando, en cierto modo, por inverso procedimiento, en cuanto que la insatisfacción de lo material hace volver los ojos a otro mundo distinto, en que los valores tengan un asiento y una perduración mucho más firmes que los simplemente técnicos y humanos. A la clase media corresponde, en los límites de su posibilidad como tal clase, donar a la sociedad sus propias vivencias religiosas; el descubrimiento, en definitiva, de una intensidad más honda en el modo de vivirla, y un deber de testimonio, de plena ejemplificación de la existencia, haciendo ver que no hay, ni mucho menos, contradicción entre el sentimiento profundamente religioso de la Humanidad y las exigencias de la vida actual, montada, por alteradas manifestaciones externas, sobre la prisa y sus contornos, sobre la ausencia de meditación y de silencio y sobre la proliferación de mecanismos y acciones. Ejemplificar mostrando el preciso alcance de los modernos planteamientos de las cosas, y dando cuenta lograda de la verdad que se encierra en la esperanza de un mundo que necesita de Dios mucho más que de sí mismo, es una misión que la clase media puede y debe llenar con sólo permanecer fiel a su sentido íntimo y con saber cuidar de que nada entorpezca su abertura a las corrientes más avanzadas y a las preocupaciones e inquietudes de todos los momentos. Un sentimiento religioso desfasado pierde la mitad de sus posibilidades. Una clase social inadaptada o anacrónica en el planteamiento y consideración de los problemas muere como tal clase, y queda sin vigencia histórica.

MISIÓN MORAL

No soy de los que piensan que, moralmente, nuestra época es mucho peor que las precedentes. Antes bien, lo que no se dió en aquéllas se da en la actual; pero también es indudable que no padecemos hoy otros males característicos, en lo moral, del ayer. No obstante, la pérdida del criterio moral es algo peculiar de nuestros días y una manifestación que cunde y se extiende paulatinamente. Ello se conjuga con una ausencia de responsabilidad moral que afecta a grandes masas de la sociedad. Por otra parte, la convicción de que el vivir moralmente es cada vez más difícil se va convirtiendo en una estimación amplia en cuanto a su comprensión, que llega al ánimo de las gentes como consecuencia de

las constantes tentaciones a que las distintas fuerzas sociales someten la capacidad de resistencia de la voluntad humana.

También la clase media, y en no pequeña medida desgraciadamente, ha incurrido en ambas debilidades. Pero no estamos convencidos de que a ella toca devolver ese sentido de responsabilidad moral de que se carece. Adquirir criterio de pecado, saber cuándo se peca, y que se peca, y por qué se peca, va quedando como uno de los problemas de más difícil solución. Se amplía el círculo de los que no poseen noción del pecado, y de los que no quieren poseerla. El sentimiento religioso de la clase media obra aquí con notable virtualidad. Su enraizamiento un tanto tradicional, austero y sencillo, le otorga una posición claramente definida en el orden de las debidas delimitaciones. No es extraño, por consiguiente, que podamos asignarle una misión moral que encaja plenamente en acertar con la vuelta al establecimiento de un criterio moral respecto a la discriminación ética de las cosas. A veces, incluso con una exageración escrupulosa, la clase media tendrá el enorme significado funcional de saber insertar, dentro de la vida social, un sentido de responsabilidad, que se va perdiendo en lo moral lo mismo que en otros terrenos, y siempre, desde luego, con raíces morales en su última explicación posible.

El segundo de los cometidos que esa clase media habrá de llenar radicarán en poner de manifiesto cómo es posible, pese a cuantos obstáculos interpongan los tiempos y las realidades, que la moral quede a salvo frente a las fuertes presiones y las imitaciones múltiples y rigurosas de los oscuros dominios y las descaradas provocaciones. No hay independencia y ruptura absoluta entre los dos mundos—el de la ética y el del siglo xx (sea cultural, científico, económico, funcional, etc.)—, sino necesaria dependencia entre ambos, ligadura estrecha de los mismos y consiguiente y clara compatibilidad. La fidelidad de unos principios puede ser exigida en grado heroico. Es posible que, en nuestro mundo actual, haya que ser heroico para mantener una moral integridad. En todo caso, me interesa dejar consignado que veo como una de las misiones básicas de la clase media en el aspecto moral la de realizar la posibilidad de una vida hecha de urgencias duraderas y permanentes y rigurosos sacrificios, con los imperativos de una moral a cuyos postulados la sociedad deberá mantenerse ligada y en actitud de humilde sumisión, si efectivamente aspira a salvarse como tal sociedad. Y aquéllos se guardan no dando paso a la inmoralidad. Esto puede hacerlo la clase media. Más todavía: es la clase

media la que debe hacerlo. O, de lo contrario, nuestro mundo desembocará en un estrepitoso derrumbamiento de valores, que son cimiento de una construcción total y única garantía de sociedad cristianamente estructurada.

EL ASPECTO PROFESIONAL

Cuando fallan los resortes básicos de una estructura, nada tiene de extraño que lo que se superpone a ella falle también. Algo de esto ocurre, en efecto, con nuestra vida profesional, que se va convirtiendo en un instrumento de evasión, de rápidas atenciones y de exigencias mínimas. En lugar de advertir en la misma el fondo de su acusada raíz, como posibilidad de una elevación prodigiosa del propio trabajo y la dedicación propia, lo profesional se nos va quedando, a fuerza de imitaciones y requerimientos, en un círculo estrecho de egoísmos particulares y de colectivas irresponsabilidades.

La clase media vive, fundamentalmente, de su profesión, de su pequeño oficio, de su ocupación, obtenida con mucho sacrificio y gran esfuerzo. La dureza y el nivel de exigencias que la moderna vida plantea al hombre de estos días crea ese fenómeno general de la multiplicación de profesiones, que arrastra consigo la grave quiebra del deber profesional como tal, engendrando, en consecuencia, una ausencia de ética profesional, a la cual conviene hacer frente con verdadera urgencia.

No es que sea privativo de la clase media, ni mucho menos, como resulta fácil comprender, el hecho de una vinculación a deber moral de tanta importancia como el de responder, con entera honradez, a las demandas que plantea un adecuado cumplimiento de las tareas profesionales. Un deber así es propio de cuantos ejercen una profesión, cualquiera que sea la escala en que se muevan o la altura desde la que practiquen sus funciones. Pero sí nos atrevemos a señalar entre las tareas de la clase media, y como una de sus especiales misiones, la de devolver a la sociedad de nuestro tiempo ese sentido de profesional responsabilidad del que tan necesitada se encuentra. Casi nos adelantariamos a decir que la conversión de lo profesional en una especie de función apostólica, que valore la profesión en sí misma, como permanente actividad del hombre, sin desvirtuar ni retorcer el genuino significado de la misma, es una labor que está pidiendo a gritos la presencia de la clase media, y aguardando de los hombres que la componen la

construcción de ese perdido sentido de unidad y de hondura que en toda profesión cabe advertir. Es labor ciertamente sugestiva; pero, sobre todo, necesaria. Y en esta necesidad descansa, junto con los supuestos humanos sobre los cuales la clase media se halla montada, la firmeza y garantía de que en este sector social ha de buscarse la reivindicación de lo profesional para su reconducción a la esencia cristiana, de pacífica ordenación en la convivencia y máxima eficacia en los planos social y político. Porque si no cabe olvidar el lazo de lo profesional y su conexión con la vida cristiana, no es posible tampoco desprender de ello sus consecuencias políticas y sociales.

LA MISIÓN EN EL CAMPO SOCIAL.

El terreno de lo comúnmente llamado social—o problema social, aun cuando aquí no nos referimos a esa escueta denominación—es hoy uno de los debatidos aspectos en los cuales tamizan sus inquietudes y tratan de concretar sus realizaciones los diversos inquisidores de la sociedad y de los grupos sociales. No tiene nada de extraño que la propia virtualidad y el no menos elevado alcance de esta realidad soliciten de la clase media una peculiar presencia estimativa, en la cual, y mediante ella, se resuelve una de las cuestiones, sin duda, más delicadas de nuestro tiempo.

Nuestra vida no es, en su práctico desarrollo, lo que efectivamente constituye su última estructura. La convivencia que define, naturalmente extendida a la vida humana, se traduce en un arraigado egoísmo, que origina dispersión, cuando a nuestra diaria existencia la aplicamos. Es, en verdad, necesario y apremiante el otorgar significación de verdadera y auténtica convivencia al desenvolvimiento de las relaciones entre los hombres. La clase media se encuentra, a nuestro juicio, particularmente dotada para desterrar ese fondo egoísta característico del hombre de nuestros días y volver a sentar las bases reales de un sincero sentimiento de aproximación. En este sentido, y si efectivamente se quiere conseguir tal objetivo, no queda más remedio que intentarlo partiendo de un punto obligado: el que señala la precisión de una intensa comunión con la clase trabajadora en la era de esta revolución de las estructuras que se anuncia, y que dicha clase está protagonizando como ninguna otra.

El aislamiento en que han vivido hasta aquí los diferentes miembros de sectores sociales diversos, con fronteras creadas por

el nivel económico, la propiedad o el poder, pertenece al pasado. Al menos ha de pertenecer, si queremos que a una sociedad montada sobre la lucha, el recelo y la incomprensión mutuos sustituya otra sociedad distinta, en la cual se afirmen los valores de la unión, la solidaridad y la justicia. De lo contrario, lo social no será más que una palabra vacía de contenido y, en el mejor de los casos, un deseo que no acabará de cuajar en efectiva realidad.

Fundir lo social, entenderlo de modo que se llegue a constituir una hermandad camino de la superación de la lucha de clases, es tarea que a la clase media corresponde. Su inserción dentro de unos límites de adecuada prudencia ha de romper con el dique tradicional de contención, para enrolarse en empresas de signo revolucionario, en las que desaparezcan los compartimientos-estancos y sean vencidos esos viejos procedimientos con que se espían sectores sociales, de cuya oposición sólo perjuicios para los mismos cabe esperar.

La clase media, por su propia psicológica conformación, por los supuestos económicos que le sirven de campo de desarrollo, por su formación cultural y su núcleo de sentimientos religiosos, está, evidentemente, bien caracterizada para asumir ese papel, importantísimo desde luego, de hacer de la desconfianza actual un tema olvidado, volviendo a la convivencia sentida desde la raíz misma de la existencia del hombre, como característica esencial de la vida de éste. El grado de unión que acierte a mantener con la clase trabajadora será, a no dudarlo, un poco insoslayable, y fecundo, en la culminación de esta tarea. Todo avance alcanzado en este terreno no es sino garantía real de una estrecha convivencia social. Y es la clase media la que debe marcar el momento e ir fijándose los continuados progresos. A ella le toca, en lo social, esta señalada misión.

EL ASPECTO POLÍTICO

No menos significativa se nos presenta la misión de la clase media en lo político. Es éste un campo que cada día nos solicita con mayor urgencia, y cuyos dominios resultan más extensos y profundos. La complejidad de su constitución, por una parte, y la raíz acusadamente tentadora, intervencionista y absorbente que la política va tomando, por otra, sitúan el problema de su contribución a ella como problema de minuciosas exigencias, intensa preparación y dedicación responsable. Y consideramos que la clase

media, el hombre medio, que desde su puesto medio tantas cosas puede decidir—y de hecho decide—en conjunto, tienen aquí una obra para no dejarla marginada.

Sin duda, el primer ejemplo que la clase media debe ofrecer, frente a lo político, es el de una rigurosa preparación que la capacite para tener clara conciencia de la trascendencia de una realidad—como la política—que, en cierto modo, nos envuelve a todos, y condiciona, no pocas veces, nuestras actitudes, obrando en consonancia con ello. No se trata, ya puede comprenderse, de pretender el acceso a los puestos públicos, a los cargos de responsabilidad o de mando; antes bien, y sin excluir la presencia de quienes a ellos puedan ser llamados, conviene pensar, sobre todo, en la tarea importantísima que una clase media, políticamente bien formada, puede y debe desempeñar desde su puesto de sujeto activo de masivas decisiones con el ejercicio de derechos políticos, como el voto para la designación de representantes o en orden a la creación de una sana y vigorosa opinión pública que actúe como canalizadora efectiva de un auténtico sentir nacional. Es esto, con toda seguridad, mucho más importante que el simple deseo de ostentar un cargo o contar con un puesto en el mercado de la política, cosas que exigen condiciones especiales, en cuyo análisis no hemos de entrar aquí. La sólida preparación en lo político es deber que ha de imponerse a la clase media, entre la cual se hallan, probablemente, quienes pueden asumir funciones de suma responsabilidad.

Pero, además, y en este camino, en el orden total de esta labor, a la clase media toca hacer de la política una obra no totalitaria, absorbente, sino ceñida a su justa medida, concediendo su verdadero lugar a los grupos sociales y profesionales y valorando exactamente la significación y fuerza representativa que a dichos grupos corresponde. La politización de los grupos y sectores, la de los diferentes dominios de la realidad; el grado progresivo de política intervención que las fuerzas de nuestro tiempo adoptan, imponen una vuelta necesaria a la justicia de las relaciones y al encuadramiento de los distintos factores de la sociedad en el puesto que a cada uno debe corresponder. Una cosa es enfocar los distintos problemas existentes con visión política de alcance, y otra, ciertamente muy distinta, politizarlo todo, penetrándolo de un sentido tal que haga de las realidades simples infraestructuras sometidas al arbitrio de una política hegemonía. El reconducir a su cauce verdadero, a su situación precisa, las funciones de cuantos factores intervienen en la vida humana, confirmándola, es misión de la clase media, que

habrá de luchar contra los excesos del estatismo en cualquiera de sus formas y contra los defectos de un inhibicionismo en cualquiera también de sus múltiples manifestaciones.

CLASE MEDIA Y CLASE TRABAJADORA

Esta reivindicación de lo político no consume la misión de la clase media. Es necesario algo más. Este algo más se refiere directamente a las exigencias que la más nimia tarea política plantea en la actualidad. Es decir, se trata, singularmente, de cooperar con la clase trabajadora, desde un punto de vista social, pero con repercusión política incuestionable, en la conquista y dirección de lo político. El trabajador, que ha ido paulatinamente adquiriendo sentido de su misión en el mundo contemporáneo y conciencia de su fuerza en la balanza de las decisiones políticas, se siente llamado a ganar dominios y esferas que hasta el momento presente le estuvieron vedados, pero a los cuales tiene perfecto y pleno derecho. La clase media, hay que reconocerlo, sobre todo en sus esferas elevadas, ha ostentado, y sigue ostentando aún, la titularidad del mando político. La culpa hasta aquí ha estado no en permanecer mandando, sino en mandar sin la preparación conveniente. Y en esta ausencia de preparación me refiero esencialmente al hecho de haber ignorado la existencia de otra clase cuyo ascenso se produce hoy inevitablemente. En lo futuro, pues, no hay por qué relevar totalmente, lo cual, además de políticamente absurdo, sería socialmente nefasto. Sí debe pensarse, en cambio, en dar paso a una cooperación necesaria, en la que, todos profesionalmente, trabajadores en definitiva, los obreros y los miembros de una clase media laboriosa y purgada de sus vicios y gangas inútiles, sientan el anhelo de compartir la dirección de la vida política no por el afán de provecho propio o de grupo, sino con el objetivo puesto en la única tarea del interés nacional y el bien común.

Esta convicción, depositada en el fondo de cada uno, claramente ofrecida a la inteligencia de todos, es la que ha de privar sobre cualquier posible desviación en el ánimo de nuestra clase media. La proletarización no se evita acudiendo a reformas que se inician por arriba, sino partiendo de los mismos proletarios y haciendo ver a los componentes de la clase media que su misión es de orden fundamentalmente espiritual, único resorte, el del espíritu, capaz de levantar la esperanza de una clase demasiado castigada por las

inconsciencias de todos y por la propia evolución de los acontecimientos históricos.

Una vuelta a la comunidad política según módulo cristiano, en la que la persona humana tenga su dignidad y se garantice su desenvolvimiento en el seno de los grupos sociales a que cada uno se halle adscrito sin desmerecer en nada sus valores eternos, es, sin duda, una meta de nuestro tiempo, y, tal vez, la empresa más urgente del mismo. En las manos de la clase media está, en gran parte, el conseguirlo. La parte restante corresponde a los trabajadores. Nada podrán hacer desunidos, como no sea acentuar más el sufrimiento y la angustia de sí mismos; todo, en cambio, les será factible si saben marchar, y mantenerse, íntimamente compenetrados, en recíproca y firme colaboración. No es que vaya a lograrse así la estimación de un auténtico paraíso en la tierra —cosa imposible en este mundo—; pero sí podrá alcanzarse la remisión de no pocas injusticias y, con ello, la plena vigencia de una vida más humana, más llena de ternura y de amor que ésta, actual, con la que cada uno “obsequiamos” a nuestros semejantes.

Manuel Alonso García.
Galileo, 108.
MADRID.

